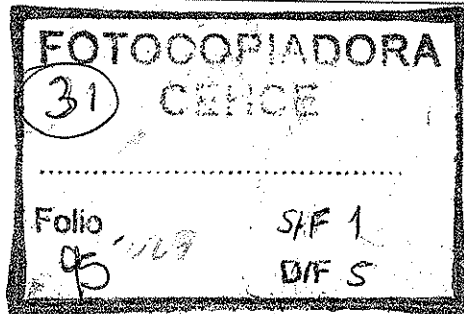


EL INCONCIENTE A CIELO ABIERTO DE LA PSICOSIS

Colette Soler

Publicación del FORO PSICOANALÍTICO DE BUENOS AIRES



JVE ediciones

Estabilización de la psicosis

El término “estabilización” es un término difundido, un término de uso corriente. En los medios llamados terapéuticos, se dice en efecto “estabilización” por no atreverse a decir curación y ni siquiera “efecto terapéutico”, como se dice para la neurosis. Al decir “estabilización”, todas las personas de lengua francesa, al menos, sienten que se deja entender que se presagia algo así como una recaída, que eso puede recomenzar. Sin embargo este término no pertenece al vocabulario psicoanalítico: es un término que hace pantalla y se presta, hay que decirlo, a todas las confusiones y también a todas las imprecisiones. De Schreber –caso que Freud estudia en su “Observaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia autobiográficamente descripto”–, se dirá al fin que está estabilizado, por cierto, ¿pero no se diría también lo mismo de aquel que hubiese alcanzado la inercia del apragmatismo y la abulia (no hay nada más estable que el sujeto que permanece hundido en su cama)? Esto para decir que este término no es un concepto y que hay que introducir un poco de rigor. Cuando se dice metáfora y suplencia, se está en el vocabulario psicoanalítico, inclusive en un vocabulario estrictamente lacaniano. Éstos son términos de Lacan, definidos por él, introducidos por él y utilizados por los que siguen su orientación. Con estos

dos términos entonces trataremos de dar un sentido preciso al término "estabilización". Si se habla, en efecto, de "estabilización", hay que poder decir, primeramente, qué es lo que se ha desestabilizado, y en segundo lugar, qué es lo que, correlativamente, se reestabiliza. Y luego hay que poder decir también cuál es el factor causal de la desestabilización o de la reestabilización.

Lo que está en juego en esta cuestión es importante: es a la vez un desafío del saber y un desafío pragmático. Que el desafío sea pragmático se ve enseguida: hay que poder plantear el diagnóstico de una psicosis no desencadenada, y también hay que tener algunas orientaciones sobre lo que podría ser una remisión dirigida, para un eventual tratamiento. Hay un desafío del saber, porque toda persona, psiquiatra, psicólogo, sea el clínico que sea, que trabaje un poco con sujetos psicóticos, sabe que los fenómenos de la psicosis se presentan de un modo mucho más discontinuo que los fenómenos de la neurosis. La neurosis, por supuesto, conoce fluctuaciones sintomáticas, pero el modo subjetivo de la neurosis es relativamente estable y constante. Digo el modo de la subjetividad: podría decir también el modo de la enunciación neurótica. Por el contrario, la psicosis nos presenta desencadenamientos súbitos, inesperados, desencadenamientos sorpresa, pero también a veces remisiones enigmáticas. La cuestión por lo tanto, es captar cuál es el resorte de las peripecias discontinuas de la psicosis, si se quiere tener alguna chance de saber por dónde y cómo se puede dirigir el tratamiento. Es un desafío de envergadura.

Hay que entrar entonces en la definición psicoanalítica de la psicosis, que comenzó con Freud. La misma consiste en

considerar la psicosis como un avatar del sujeto en tanto el sujeto es un efecto de lenguaje. En 1966, en su presentación de la traducción de las *Memorias* del presidente Schreber, el caso que Freud comenta en 1911, Lacan le hace un homenaje a Freud por haber introducido al sujeto en la consideración de la locura, antes que pensarla a esta locura en términos de déficit y de disociación de funciones. El punto de partida en la enseñanza de Lacan, en todo caso el punto de partida mayor, es el texto titulado «De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis». Es el texto en el que construye su primera doctrina de la estructura de la psicosis. Esta doctrina inscribe la psicosis en su tesis del inconsciente estructurado como un lenguaje. Implica, cito, que

“la condición del sujeto [neurosis o psicosis] depende de lo que se desarrolla en el Otro” (p. 549).

Lo que Lacan construye en este texto sobre la estructura de la psicosis, se comprende sobre el fondo de los conocimientos adquiridos en el texto inmediatamente precedente “La instancia de la letra en el inconsciente...”, redactada por Lacan en mayo 1957, seis meses antes de «De una cuestión preliminar...», escrito en diciembre 1957-enero 1958. Lacan reconsidera allí la clínica freudiana. Esta clínica, Freud la construyó a partir de su práctica de la asociación libre, que Lacan demuestra se ordena dentro de la estructura del lenguaje, a partir del algoritmo que se escribe S/s, para decir que el significante (escrito como S) determina, induce (es el término de Lacan: inducción) los efectos de significado. Este texto de “La instancia de la letra...” desemboca en una tesis extremadamente

simple: que el síntoma es una metáfora. Hay que decir que esta tesis, una vez formulada, aparece verdaderamente como la más simple y la más convincente para dar cuenta del hecho de que el psicoanálisis opera descifrando la significación del síntoma. Pues la metáfora es una función del significante que, al sustituir un significante por otro que ella reprime, engendra a nivel del significado un efecto de significación inédito.

Partiendo de la definición del síntoma como metáfora, se pasa fácilmente a una definición diferencial de la psicosis. Los fenómenos de la psicosis, como los de la neurosis, tienen una estructura de lenguaje, pero el síntoma psicótico no es una metáfora. He ahí la gran y simple diferencia comentada en un primer tiempo, que da la clave de la clínica diferencial: en un caso, la metáfora, en el otro, la ausencia de la metáfora.

Veamos una observación concerniente al camino de Lacan y su lógica implícita, que es extremadamente tajante (la lógica de la construcción de una doctrina, por otra parte, no se superpone necesariamente a las vías del descubrimiento). Para todo el mundo, y en primer lugar para el sentido llamado común, que en estos dominios hay que tener en cuenta, el loco, popularmente definido, es presa de fenómenos que objetan al sentido común, al conjunto de las significaciones que toda la gente llamada sana de espíritu comparte: su idea de la realidad aparentemente no se corresponde con la de todos los "sanos de espíritu". Dicho de otro modo, para todo el mundo, el loco es un sujeto que adhiere a significaciones anómalas. El camino lógico de Lacan consiste en inferir que, si las significaciones de la locura son anómalas, entonces la causa debe encontrarse a nivel de lo que motiva la estructura de la significación.

Expresión que se encuentra en la página 572: "la única organicidad en juego es la que motiva la estructura de la significación". Es la misma lógica que Lacan aplicó en su texto «Función y campo de la palabra y del lenguaje» a la práctica analítica: la lógica del "si... entonces". Si el psicoanálisis obtiene efectos por medio de la palabra, que supone el lenguaje, entonces el síntoma debe tener una estructura de lenguaje. Como construcción es imparable.

Otra observación concerniente a la metáfora. La metáfora es un principio de estabilización. Constituye un punto de detención al deslizamiento del significado bajo el significante. Es el efecto que Lacan llama "punto de capitonado". El punto de capitonado es una estabilización del significante y del significado sin la cual el deslizamiento del significado deja en suspenso, en la indeterminación el "¿qué quiere decir esto?" que se puede dirigir a toda cadena de lenguaje. La metáfora es, justamente, lo que permite fijar, "retener" la significación. Hay que agregar enseguida que no es cualquier metáfora la que nos interesa en la clínica del sujeto. Cuando uno se ocupa de clínica no hace literatura, no hace poesía, aunque el psicoanalista tenga todas las razones para hacerle mucho caso a la poesía, a la metáfora poética. Por lo tanto, en la clínica no es toda metáfora la que nos interesa, sino una metáfora especial, la que es capaz de metaforizar un "significable" especial. En la ocasión, Lacan emplea este término "significable", que se distingue tanto del significante como del significado, y que designa lo que es a significar. En la clínica del sujeto, lo que es a significar para el ser que habla puede designarse con diferentes términos. En «De una cuestión preliminar...», Lacan lo

llama "el ser de viviente" del sujeto. También dice "el ser del ente", o más simplemente, "su inefable y estúpida existencia", y luego, también, su sexo. Todas estas expresiones están allí para decirnos que lo significable, en efecto, es el ser-ahí de viviente. Y, en el fondo, la clínica del niño muestra de una manera verdaderamente límpida que para el niño es un problema, una cuestión, hacer pasar su existencia y su sexo al discurso. Vale decir que la cuestión a la cual la significación metafórica debe responder es el "¿qué soy ahí?".

Lacan distinguió una metáfora que no es cualquier metáfora, la metáfora paterna, que es justamente la que da significación al ser de viviente del sujeto. Al sustituir el signifiante del deseo de la madre por el Nombre-del-Padre, el signifiante del padre, -y ésta es la sustitución metafórica-, hace surgir una significación: la significación fálica, que le da sentido al ser del sujeto, al ser de viviente. Podemos escribirla, muy simplemente, abreviadamente: el Nombre-del-Padre que sustituye al Deseo de la Madre hace venir al lugar de lo significado la significación del falo.

También se la podría escribir en el grafo de la palabra. Esta metáfora, al estabilizar signifiante y significado, capitona al conjunto del discurso en tanto éste vehiculiza la cuestión del sujeto, y tiene repercusiones a nivel de las identificaciones imaginarias del sujeto, ya que introduce la dialéctica fálica en lo imaginario, que sin lo cual se reduciría a la pareja especular del estadio del espejo.

Su primer efecto, por lo tanto, es una reorganización de lo imaginario, que se manifiesta habitualmente por medio de efectos de pacificación de la relación narcisista. Siendo la relación

narcisista en sí misma una relación que Lacan estigmatiza bastante bien con la expresión "relación de agresión erótica". La metáfora paterna tiene como efecto separar al sujeto, no tanto de la madre, como se dice, sino de la vacilación que es inherente a la relación especular con la madre. Vacilación que hace que el sujeto pueda oscilar entre una identificación transivista con la misma madre y una identificación con el objeto de deseo de la madre. Este efecto de capitonado tiene consecuencias clínicas observables. Le da su montura, su base al sujeto, y tiene como correlato la puesta en marcha de lo que llamamos un proceso de historización, que introduce coherencia, continuidad en la historia. A menudo me ha impresionado oír o leer en los informes psiquiátricos "vida caótica" para calificar el itinerario de tal o cual persona psicótica. ¿Qué es al fin y al cabo una vida caótica? En todo caso, para un analista, no se evalúa por la multiplicidad de los acontecimientos. No se evalúa por la multiplicidad ni por la variedad de los cambios, de los virajes de la existencia. Una existencia caótica se evalúa a nivel del discurso sostenido: será caótica la existencia que el discurso no historiciza, ya sea que esta vida sea pobre o rica en acontecimientos.

La psicosis, por lo tanto, la especificamos con Lacan como un defecto de metáfora.

Destaquemos que este defecto de metáfora se presenta en todos los niveles: a nivel de los fenómenos pero también a nivel de la causación de la psicosis. Ésta es la tesis de Lacan: fenómeno y causación de la psicosis tienen la misma estructura.

Lo que se puede observar, los fenómenos, lo que los psiquiatras pueden reseñar y lo que por otra parte han descrito

en la psiquiatría-clásica, sin pasar por el psicoanálisis, de los fenómenos, Lacan ha dicho lo siguiente: en ningún otro lado como en la psicosis "el síntoma, si se sabe leerlo, está tan claramente articulado en la estructura del lenguaje". Lo demuestra en el capítulo que se llama "Hacia Freud", a propósito de la alucinación verbal, que no es una metáfora, sino "significante en lo real". Es la expresión que emplea en ese momento. "Significante en lo real" no quiere decir significante en lo percibido, ya que el significante en lo percibido no es la única clase de significante en lo real. El significante está en lo real cuando la cadena significativa, que encadena los significantes para producir la significación, está rota. Destaquemos que esta definición del fenómeno psicótico como significante en lo real, implica que el significante no basta para definir lo simbólico. Siendo definido lo simbólico por la cadena significativa, uno de cuyos modos es la metáfora.

El paradigma que da Lacan del significante en lo real, es la alucinación "trueie" [marrana]. También en el caso Schreber se encuentra un momento en el que Dios le dice "Luder"¹ [5]. El "trueie" es un significante fuera de la cadena surgido erráticamente, al que se le puede colocar un pequeño exponente 1, S¹. He utilizado esta escritura exponente 1 para designar el significante fuera de la cadena, a no confundir con el significante que pudiera tener una función de excepción en la cadena: hay

1. [5] [N. del T.] En alemán, vulgarmente quiere decir "lagarta", en el sentido de "prostituta". Se ve allí la alegoría de un bicho, similar a "trueie", para calificar una condición, un atributo. Se une allí también la otra acepción de *Luder*, carroña, a lo abyecto de la marrana.

en la cadena del discurso significantes que tienen un lugar de excepción: el Nombre-del-Padre, el falo. El falo sin par, dice Lacan. Estos significantes, sin embargo, aunque estén en una posición específica, están en ligazón con la cadena. Mientras que el significante en lo real, por su parte, está fuera de la cadena.

Son conocidas las experiencias enigmáticas del sujeto psicótico. La experiencia enigmática está centrada enteramente en que, cuando un significante solo aparece en lo real, produce a nivel de la significación un vacío enigmático. Vacío enigmático que se convierte en certidumbre de significación.

Tercera observación sobre la alucinación en cuestión: "trueie" es un término que se le impone al sujeto como un nombre de su ser de goce. Vale decir que, si el significante, en la alucinación verbal, tiene un efecto de déficit en la significación, también tiene un efecto positivo, en cuanto designa el ser de goce y, en el fondo, opera un encuentro, una convergencia del significante y de lo real.

De este modo, al nivel del fenómeno llamado "fenómeno elemental", para retomar la expresión de Clérambault, queda ilustrado, de manera totalmente convincente, que se trata de significante en lo real, desconectado de los otros significantes y conectado al goce.

Pasemos al nivel de la causación de la psicosis. La psicosis encuentra su "condición" esencial en la forclusión del Nombre-del-Padre. Esta forclusión, que escribimos con un pequeño cero, ND₀, es un elemento de causación supuesto [como] constante, mientras que los fenómenos, por su parte, son en cambio discontinuos. Por lo tanto, hay que concluir que la forclusión no es la causa suficiente de la psicosis. Es por ello, por

otra parte, que Lacan no dice causa, dice "condición esencial". Para que se desencadene la psicosis hace falta una causa agregada, una causa complementaria que, en sí, es ocasional. La expresión causa ocasional es, por otra parte, una expresión utilizada por Freud en su texto sobre Schreber. La causa ocasional es una causa que varía con los accidentes de la vida, con las circunstancias. La tesis de Lacan es que la causa ocasional, sea cual fuere, es aquella que produce una llamada al Nombre-del-Padre y que por lo tanto hace eficaz su deficiencia, esa deficiencia que quizás, algunas veces, no ha tenido consecuencias durante toda una vida, como en el caso de Schreber, donde se desencadena a una edad tardía. El llamado se produce por medio del encuentro con Un padre real, expresión donde el Un debe escribirse con mayúscula, como lo hace Lacan, por ser el Un que aparece en lo real y no tiene su respondiente en lo simbólico.

Lacan invita al clínico a guiarse por las coyunturas dramáticas, o sea, por el lado novelesco de la vida, para encontrar allí siempre la presencia de un padre. Es bastante interesante cuando enumera estas coyunturas dramáticas, ya que evoca a la joven enamorada, a la penitente que confiesa su falta, a la madre que acaba de parir. Son, al fin y al cabo, las circunstancias cruciales de la vida y de la muerte: la procreación, el amor, y además la falta, que siempre es falta de goce. Dicho de otro modo, todas ellas son coyunturas dramáticas que evocan la significación de goce. Lacan sitúa en consecuencia muy precisamente la desestabilización en referencia al Nombre-del-Padre, el que, cito, "por el agujero que abre en el significado, dispara la cascada de las reorganizaciones del significante de donde

procede el desastre creciente de lo imaginario". He ahí una descripción muy simple de la desestabilización como fracaso del punto de capitonado, que tiene como efecto el desmoronamiento de las apoyaturas imaginarias del sujeto. Se lo podría ilustrar muy bien con el caso Schreber, con la consecuencia de una regresión a las identificaciones del estadio del espejo.

De la definición de la desestabilización se podría casi inferir, *a priori*, la única solución pensable, que es encontrar una metáfora de compensación. Lo que Schreber en efecto ilustra, al comenzar su delirio y su enfermedad como un perseguido por Dios y al terminar, "restablecido", con un delirio que la psiquiatría calificaría como parcial, en el que ya no es más el perseguido por Dios, sino la mujer de Dios. Esta idea de la metáfora delirante sigue el hilo de la tesis de Freud según la cual el delirio no es la enfermedad sino la tentativa de curación. Dicho de otro modo, el delirio mantiene en la psicosis un lugar homólogo al trabajo de la transferencia en la neurosis, que también es una reorganización significativa. Aquí, la solución es aportada por una metáfora de reemplazo, una metáfora de suplencia. El término suplir se encuentra en el texto de Lacan, en la página 582, cuando Lacan evoca el encuentro de Flechsig y Schreber. Dice: "no hay duda de que la figura del Profesor Flechsig con su gravedad de investigador (el libro de la sra. Macalpine nos lo muestra en una foto perfilándose contra la colosal ampliación de un hemisferio cerebral) no logró suplir el vacío repentinamente percibido de la *Verwerfung* inaugural".

Se puede escribir la metáfora delirante de Schreber y sus efectos en lo imaginario. Allí donde faltaba el Nombre-del-

Padre, adviene la gran I del ideal, que Schreber mismo designa con la expresión "orden del universo". En su delirio, Schreber se hace el soporte, el último soporte del orden del universo I/NdP. En lo imaginario, o sea en la significación, allí donde faltaba el falo adviene una significación de suplencia que es "ser la mujer de Dios" = M. de Dios/ Φ_0 . Se puede por lo tanto escribir totalmente, de manera homóloga a cómo se escribe la metáfora paterna con el algoritmo significante/significado, la metáfora delirante de Schreber. En el fondo, esta metáfora tiene una función de límite que es manifiesta. Hace entrar nuevamente el delirio en las fronteras precisas que lo parcializan.

Con la misma muy simple construcción se podría situar la prepsicosis, o sea la estabilidad de Schreber antes del desencadenamiento: Lacan supone una identificación que le habría permitido a Schreber asumir el deseo de la madre: es una inferencia. Supone una identificación con el deseo de la madre "cualquiera sea ésta", o sea que no se la conoce pero que era bien necesaria para capitonar la significación. Se la infiere del hecho de que Schreber, para "deber ser el falo", en razón de la forclusión, ha debido primero apoyarse en una identificación de suplencia para asumir el deseo de la madre. En el momento terminal de su delirio, el trabajo del delirio obtiene el mismo resultado de suplencia por medio de la transformación en mujer de Dios. Lo logra haciendo advenir el Ideal en el lugar del Nombre-del-Padre y la significación de la feminización de Schreber, en el lugar de la significación fálica. Es lo que Freud abordó al hablar de la homosexualidad del psicótico, y que Lacan corrige, resitúa y repiensa un poco diferentemente.

Estoy impresionada por el rigor, la simplicidad y la elegancia de esta construcción. También por su eficiencia, su captación de los fenómenos clínicos. Ésta es por lo tanto la primera tesis: una metáfora puede reemplazar a otra como principio de estabilización.

Algunos comentarios sobre la problemática del texto. La psicosis es pensada aquí en una problemática que se sitúa a nivel de lo Simbólico y de lo Imaginario, residiendo toda la cuestión en el abrochamiento de lo Simbólico y lo Imaginario. La categoría de lo Real no es prevalente para nada en este texto, e incluso se puede decir que hay cierto borramiento de la dimensión pulsional de la psicosis. En cierto modo, el acento es inverso al que le da Freud, que acentúa mucho la pulsión homosexual. Por cierto, también construye una doctrina más compleja, en la que prevalece la cuestión del mecanismo, y que lo conduce a esta frase para nosotros notable: "lo que ha sido abolido desde el interior vuelve desde afuera". Frase que Lacan ha casi calcado, conceptualizándola al mismo tiempo de otro modo, cuando dice: "lo que está forcluido de lo simbólico vuelve en lo real". No se puede decir que Lacan ignore la componente pulsional, pero de cierto modo, contrariamente a Freud, no la acentúa y eso se ve muy claramente a nivel del empuje-a-la-mujer. En la transformación de Schreber en mujer, el acento no está puesto sobre el goce que ella implica, aunque se lo evoque. Lo que le interesa es la problemática del punto de capitonado en sus efectos estabilizantes. Es la cuestión de saber cómo lo que se ha desencadenado como persecución y desastre de lo imaginario por el barrido de las identificaciones puede restaurarse, de modo tal que el goce vuelva a entrar en

la dialéctica del discurso. Hacer entrar el goce dentro de los límites del discurso, y del lazo social: efectivamente ésa es la cuestión.

Lacan corrigió esta parcialidad de su primer abordaje de la psicosis, a saber el hecho de privilegiar el abrochamiento Simbólico-Imaginario. Como lo he dicho, lo ha corregido explícitamente en su texto de 1966, "Introducción a las *Memorias de un neurópata*". Hace allí una reformulación, una relectura de Schreber que no invalida en absoluto la precedente sino que la completa y que nos resume las angustias de Schreber en su relación con Dios.

Es ahí donde corrige su primera perspectiva por medio de la consideración de lo que llama "el sujeto del goce", al decir: la paranoia identifica "el goce en el lugar del Otro como tal". Fórmula que califica bien los fenómenos descritos por Schreber. El Otro aquí es encarnado por Dios, un Dios que Schreber mismo nos describe como el lugar del significante, puesto que hace de él la suma pensada de todos los pensamientos de las almas muertas desde el origen de los tiempos. Esto es decirnos, en verdad, que Dios es el lugar muerto del significante. Y precisar que, en efecto, Dios no conoce nada de la vida y de los seres vivos. Ahora bien, lo que Schreber nos muestra en su delirio es que ese dios muerto del significante lo absorbe como su objeto de goce. Es él, Schreber, el objeto vivo del que Dios goza. Es gozado por Dios, y él mismo identifica el goce del Otro. El delirio describe aquí una operación estrictamente inversa a la de la metáfora paterna en relación con el goce. Ésta es solidaria de un vaciamiento del goce del lugar del Otro. Cuando reina el Nombre-del-Padre el goce no

está inscripto en el Otro, sino eyectado de allí. Y por lo mismo, el sujeto identifica por medio del Φ su ser de viviente en lo imaginario, para responder a la pregunta "¿qué soy ahí?" como viviente para el Otro. Schreber describe la estructuración inversa: gracias a él, en su delirio, el Otro existe como un lugar en el que el goce es reintegrado. Esto hace de Schreber el objeto de Dios. Incluso esto es más preciso todavía: es bien curioso el rasgo clínico que Schreber nos indica. Como "mártir del inconsciente" Schreber nos precisa bien qué tipo de mártir es: es el supliciado del pensamiento forzado, condenado de alguna manera a pensar siempre para la voluptuosidad de Dios. Lo que quiere decir que en su ser, no de viviente, sino de sujeto al pensamiento, Schreber no es otra cosa que un texto, dependiente del texto divino, en cierto modo, por lo tanto, "disperso en el infinito del delirio". Schreber en texto no es un Schreber identificado, sino un Schreber soporte del goce como objeto del Otro, Dios. Tenemos allí una conexión directa del texto y del goce, del mismo modo que el "truíe" de la alucinación es una conexión directa de la palabra y del goce. Por supuesto, esta conexión directa deja en suspenso la cuestión de saber cómo se ubica allí lo Imaginario.

En 1966 la perspectiva tomada no es la de la articulación Simbólico-Imaginario, sino Simbólico-Real, si se llama aquí real al goce. El primer tiempo de la elaboración acentúa en los fenómenos de la psicosis las anomalías de la significación y de la identificación imaginaria, mientras que el segundo tiempo, que completa al primero, pone el acento en los fenómenos de goce conectados directamente al significante, en cortocircuito sobre lo Imaginario. Esto nos muestra que, en el

fondo, la consideración de los fenómenos de la psicosis, podría haber llevado, desde el principio, hacia una definición del síntoma distinta al síntoma metáfora, y precisamente a eso llega Lacan en 1975 en su seminario *RSI*, cuando define al síntoma no como una función del significante, sino como una función de goce de la letra.

Lo que me lleva a la estabilización de Joyce, muy superior a la de Schreber. Destaquemos que desde que, en el texto de «De una cuestión preliminar...», se evoca que la deficiencia del Nombre-del-Padre puede ser compensada, es decir, que puede encontrar un sustituto con una función análoga, se está implicando la relativización del Nombre-del-Padre. Es una vía abierta a lo que Lacan desarrolló mucho más tarde: la puesta en plural de los Nombres-del-Padre, que supone distinguir la función y el término que soporta la función. La función del Nombre-del-Padre es una función de capitonado, de lo imaginario y del símbolo. Pero el término que opera ese capitonado y juega por su parte como una variable de la función puede ser diverso.

Por consiguiente, hay una clínica a hacer de los sustitutos del Nombre-del-Padre, de los diferentes términos que la clínica nos presenta y que cumplen función de estabilizadores.

La suplencia por medio de la metáfora delirante está lejos de ser perfecta y se podría decir incluso que la metáfora delirante es una seudometáfora. El significante del ideal que suple al Nombre-del-Padre no es lo que induce la transformación de Schreber en mujer, para nada. No hay, entre el orden del universo y la feminización de Schreber, una relación de determinación de significante a significado. Hay, a lo sumo,

un acuerdo, es decir, que este significante del orden no contradice la feminización de Schreber. Lo que por el contrario empuja hacia la feminización, la determinación necesaria, estructural, de la feminización, es la forclusión del significante fálico que hace que “para ser el falo, se consagra a hacerse mujer”. Esta necesidad es vivida como un forzamiento. Por lo tanto, entre el orden del universo y la feminización hay solamente un acuerdo posible; lo que Lacan evoca al hablar del “desencaje” [*décalage*] en la estabilización de Schreber, entre lo que está del lado de lo Simbólico y lo que está del lado de lo Imaginario. Es una seudometáfora y por lo demás, tan seudo como inestable: se sabe que Schreber recayó. En este sentido Joyce nos interesa no sólo como escritor, no sólo por su talento y su genio, sino también por su estabilización, que le evitó el desencadenamiento.

Lacan puso la actividad literaria de Joyce a cuenta del síntoma. Síntoma definido no como una función de metáfora perteneciente al campo de lo Simbólico, sino como una función de la letra, real, como un goce de la letra. El goce del síntoma así definido es un goce autístico, cerrado sobre sí mismo. Es evidentemente una paradoja desarrollar un síntoma que comporta un goce autístico a nivel de la cosa literaria que, de por sí, implica lo contrario del autismo: el lazo social. La performance de Joyce, si se siguen los desarrollos de Lacan, consiste en que logró conciliar el goce autístico de la letra y la instauración o el mantenimiento de un lazo social. Lo logró porque consiguió imponerse al mundo como el Artista, es decir, porque logró hacer existir su nombre de goce. En general, los artistas están más o menos condenados a hacerse los

promotores de sí mismos, de sus obras. Joyce, por supuesto, se hizo promotor de su obra, pero al hacerlo se hizo promotor también de su nombre. De acuerdo con los títulos: *Retrato del artista joven* o *Stephen el héroe*, es como que vacila sobre el nombre. Héroe, artista, hay allí una pequeña vacilación, pero lo común en los dos casos es que Joyce no piensa "un" artista, ni tampoco "un" héroe, sino el artista, el héroe. No es un artista como Schreber no es una mujer, sino La mujer de Dios. Joyce nos da así el ejemplo de un semblante que suple al padre. Y Lacan hace cierto caso del hecho de que Joyce mismo se nombre el "hijo necesario", indicando con eso que la función padre debe ser sostenida incluso cuando la forclusión está allí.

Lo que impresiona en Joyce es que promovió su nombre incluso antes de haber producido su obra. Se presentó como el Artista antes de haber producido el menor testimonio de la cosa. Hay alguien que dio cuenta de ello, Yeats, al que Joyce fue a ver, que notó lo sorprendente y único de encontrar a alguien que se presenta con tal certidumbre de su genio literario, cuando todavía no ha escrito nada. Está muy claro: Joyce, antes incluso de haber producido su obra, no se hace mujer para "deber ser el falo", sino el Artista. Esta suplencia particular reemplaza el Nombre-del-Padre por algo que tiene mucho que ver con el padre, que es el Padre del Nombre. Se hace padre de su propio nombre. Es un punto de capitonado que no es una metáfora, sino por el contrario un punto de capitonado que cortocircuita el Edipo, pero que lo suple. Esto exactamente es lo que dice Lacan cuando precisa que Joyce, con su identidad de artista, logró suplir el defecto de lo imaginario en él, consolidar su ego, por medio del reanudamiento de lo imaginario.

Joyce logró producir un capitonado de suplencia, que reengancha lo Imaginario con lo Simbólico y completa la juntura entre lo Real y lo Simbólico que su literatura-síntoma asegura. Se ofrece como texto a gozar, al igual que Schreber, y en medio de menos angustias que Schreber. Texto a gozar no por Dios, sino por el público. Triunfa allí donde otros fracasan (Raymond Roussel por ejemplo), con el resultado, como lo dice bellamente Lacan, de haberle cortado el aliento al sueño. Entendiendo por ello no sólo el sueño de la ensoñación nocturna, sino también el sueño de la novela, el sueño literario, puesto que se ofrece como un texto a gozar desprovisto de sentido.

Jung comprobó muy tempranamente este fuera-de-sentido, a través del fracaso de sus tentativas para interpretar el texto de Joyce (por otro lado, parece haber sido el primero en plantear el diagnóstico de psicosis). La prueba puede ser repetida. Así leí en el *TLS*² [7] de noviembre de 1992 una crítica de una de las nuevas biografías de Joyce, *The Years of growth (1882-1915)*, de John Coggrave, a quien se le reprocha, por oposición a Ellman, encontrar sólo restos de la memoria, el material de una historia, pero sin hilo de Ariadna, con un sentido que permitiría identificarse. Es una prueba al menos de que este John Coggrave no inventa la significación que falta.

Hay por consiguiente en la enseñanza de Lacan una definición muy precisa de lo que es una estabilización.

Y hay, sin duda, una brecha entre la perspectiva psiquiátrica y la perspectiva psicoanalítica. Hay que distinguir con certeza

2. [7] [N. del T.] *Times Literary Supplement*.

El inconciente a cielo abierto de la psicosis

una estabilización, en el sentido fuerte del término, de una reorganización de los trastornos de la psicosis. Evidentemente, para el psiquiatra, la urgencia es lograr hacer compatible con el lazo social los trastornos del goce propios de la psicosis. En este punto, se reconocerá algunos méritos al aplacamiento de los fenómenos por los medicamentos, a su enquistamiento eventual por el trabajo de entrevista o a su restricción por métodos más coercitivos. Se podrá incluso considerar como un progreso que el sujeto psicótico logre reinsertarse en una vida "común", aún al precio de la completa reducción a veces de sus ambiciones, y se podrá admitir que se cuide, que se proteja de los encuentros de la *tuchè*, pues prohibir el riesgo no toma acá el mismo sentido que para el sujeto neurótico. Todos estos modos de intervención: medicamentos, acondicionamiento del entorno y de los lugares de vida, restricción de las exigencias de la existencia son, lo sabemos, pragmáticamente operantes. Se podría quizás agregar en la serie, lo que es constatable, la estabilidad, a veces, de una pareja. Son tratamientos del goce que se puede calificar de prácticos. Pero distingámoslos bien de lo que es la estructura de una estabilización.

París, 1992.